

VOLTAIRE

Micromegas



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

La crítica señala dos fuentes de los relatos de Voltaire. Una, el libro de *Las Mil y Una Noches*; otra, *Los Viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift. El hecho es indudable, pero los materiales de una obra no son otra cosa que estímulos para la imaginación del creador. Las fábulas de *Las Mil y Una Noches* fueron pensadas para ser creídas por los oyentes; los lúcidos relatos de Voltaire son puros y altos juegos que no exigen credulidad sino una voluntaria y gozosa participación. Swift, hombre de amargura esencial, quería que los *Viajes de Gulliver* fueran un alegato contra el género humano; intelectualmente, Voltaire se propuso lo mismo, pero algo había en él que propendía al regocijo y a la dicha y que, por fortuna para nosotros, hizo del alegato una burla espléndida.

Jorge Luis Borges

Prólogo

La crítica señala dos fuentes de los relatos de Voltaire. Una, el libro de Las Mil y Una Noches que Antoine Galland, acaso su mejor traductor, reveló a Europa a principios del siglo XVIII; otra, Los Viajes de Gulliver (1726) de Jonathan Swift. El hecho es indudable, pero los materiales de una obra no son otra cosa que estímulos para la imaginación del creador. Las fábulas de Las Mil y Una Noches fueron pensadas para ser creídas por los oyentes; los lúcidos relatos de Voltaire son puros y altos juegos que no exigen credulidad sino una voluntaria y gozosa participación. Swift, hombre de amargura esencial, quería que los Viajes de Gulliver fueran un alegato contra el género humano; intelectualmente, Voltaire se propuso lo mismo, pero algo había en él que propendía al regocijo y a la dicha y que, por fortuna para nosotros, hizo del alegato una burla espléndida.

Leibniz, que siempre subordinó su filosofía a las exigencias de la hora, sostenía que el mundo es el mejor de todos los mundos posibles; Voltaire, para burlarse de tal inverosímil doctrina, ideó la palabra optimismo, que es el subtítulo de Candide. No le fue difícil acumular ejemplos de catástrofes y desdichas, pero lo hizo con tal prodigalidad y con un estilo tan ingenioso que el efecto logrado no es una desoladora tristeza sino todo lo contrario. ¿Cómo puede ser malo el universo si ha producido un hombre como Voltaire? Él se creía pesimista, pero su temperamento le vedó esa posibilidad melancólica. (Inútil agregar que pesimismo fue acuñada como reverso del neologismo polémico de Voltaire.)

Según se sabe, una de las consecuencias de la obra casi infinita que nos ha legado Voltaire, fue la Revolución francesa; ciertamente, ésta lo habría escandalizado, ya que su utopía fue, alguna vez, la monarquía constitucional de Inglaterra, como lo indica en La Princesse de Babylone. Abominó de la Iglesia Católica, que apodaba la infame, y en especial de la Compañía de Jesús y abominó, a la par, de los ateos, que serían sus más devotos Lectores. Fue partidario de la religión natural, no de la religión revelada, y edificó una iglesia en Annecy con la inscripción Deo erexit Voltaire (Para Dios la erigió Voltaire). Dijo que era la única en la tierra dedicada a Su culto, ya que todas las otras glorificaban el almanaque de vírgenes y de santos.

El primer relato que hemos elegido, Memnon ou la sagesse humaine, refiere las previsibles malandanzas de un joven «que concibe el insensato proyecto de ser perfectamente juicioso». El genio que aparece al final para socorrerlo, bien puede ser una caricatura de Leibniz. Otro, Les deux consoles, es la parodia de cierto tratado de Séneca, continuado siglos después por Petrarca y por Quevedo, y pretende consolar a los desdichados, acumulando ilustres antecedentes de la desdicha que padecen. Obviamente, el método resulta ineficaz. Histoire des voyages de Scarmentado agota la geografía de algunos continentes en un divertido catálogo de intolerancias y de torturas. El ámbito que abarca Micromégas es aún más ambicioso y magnifica de manera astronómica las andanzas de Gulliver. Los habitantes de Saturno viven quince mil años y se quejan de tan breve período, comparable a un instante. El tema de Le blanc et le noir es el conflicto del ángel bueno y del ángel malo, a través de vertiginosas transformaciones, que reflejan los avalares de la doctrina pitagórica y de las mitologías del Indostán. Voltaire, en casi todos sus relatos, usa la geografía de Las Mil y Una Noches y de la antigüedad, pero el lector no tarda en advertir que Babilonia significa París y que los brahmanes o druidas son los prelados de la Iglesia de Roma.

La Princesse de Babylone, al principio, observa esa risueña convención; a medida que la fábula se dilata, los dos amantes recorren los reinos de Europa, y Albión, Germania o Galla existen en dos planos del tiempo. Son lo que fueron en los primeros días de la historia y en el presente de Voltaire. Ambos planos, ahora se confunden en el pasado, en un solo esplendor de unicornios y de pájaros mágicos. En las otras narraciones de este volumen, Voltaire dirige desde afuera la acción, como un irónico espectador que no se compromete; en ésta se deja arrastrar por sus apasionados vaivenes, como si supiera que sueña y condescendiera, con alegría o con piedad, a seguir soñando. La psicología de los héroes es elemental pero justa; la princesa no es otra cosa que una muchacha enamorada, a quien poco le importan los ejércitos que van a destruir a su padre, y que sólo busca a Amazán, animado por idéntico fuego. Quizá Voltaire pensó que la humanidad no merece un análisis más complejo. Es probable que no se equivocara.

Hay un agrado en comprobar que el consenso general de los hombres puede ser justo. No siempre los lugares comunes entrañan un error; Voltaire ha escrito la mejor prosa de la lengua francesa y quizá del mundo.

Murió a los ochenta y cuatro años, en París, en 1778, poco después del clamoroso estreno de su tragedia, Irene. Al concluir el quinto acto, el palco fue invadido por una multitud de admiradores que le ofrecieron una corona de laurel. Voltaire agradeció con la exclamación: Vous m'ettouffez sous des roses!

Jorge Luis Borges

Memnón o La cordura humana

Concibió un día Memnón el insensato proyecto de ser completamente cuerdo. Pocos hombres hay a quien tal locura no les haya pasado por la cabeza. Memnón se dijo para sus adentros: «Para ser muy sabio y, por ende, muy feliz, sólo hay que librarse de las pasiones; y no hay nada más fácil, como es sabido. En primer lugar, no me enamoraré jamás de ninguna mujer, ya que al ver una belleza perfecta, me diré: Esas mejillas se arrugarán un día, esos hermosos ojos tendrán ojeras, ese pecho redondo se volverá blando y caído, esa hermosa cabeza se quedará sin cabellos. No tengo más que verla ahora con los mismos ojos con que luego la veré y a buen seguro que esa cabeza no hará que la mía dé vueltas.

»En segundo lugar, siempre seré sobrio. Por más que me tienten los platos suculentos, los vinos deliciosos y las seducciones de la vida en sociedad, sólo tendré que figurarme las consecuencias de los excesos: la cabeza cargada, el estómago descompuesto, perdidos la razón, la salud y el dinero. Entonces sólo comeré por necesidad, mi salud será siempre la misma, mis ideas siempre puras y brillantes. Tan fácil es todo eso que no es mucho mérito el lograrlo.

»Luego, decía Memnón, hay que pensar también en mi fortuna. Mis deseos son moderados, mi caudal se halla a buen recaudo en poder del tesorero general de Nínive, tengo con qué vivir sin depender de nadie, que es el mayor de los bienes. Nunca me hallaré en la cruel necesidad de tener que hacerle la corte a nadie: no envidiaré a nadie ni nadie me envidiará. Eso es también cosa fácil. Tengo amigos,

continuaba, los conservaré, pues no tendrán nada que disputarme. Nunca me enfadaré con ellos, ni ellos conmigo. Tampoco eso resulta difícil.»

Tras haber trazado su pequeño plan de cordura en su cuarto, Memnón se asomó a la ventana. Vio a dos mujeres paseándose bajo unos plátanos junto a su casa. Una era anciana y parecía no tener preocupación alguna. La otra era joven y bonita y parecía muy preocupada. Lanzaba suspiros, lloraba, y con todo eso aumentaban sus encantos. A nuestro sabio le impresionó no ya la belleza de la dama (estaba seguro de no sufrir tal flaqueza), sino la aflicción en que se hallaba. Bajó a la calle y se acercó a la joven ninivita con ánimo de consolarla con sabiduría. La linda muchacha le contó con la más ingenua y tierna expresión todo el daño que le causaba un tío que no tenía, con qué artimañas le había arrebatado un caudal que nunca había poseído y hasta qué punto temía su furia. «Me parecéis hombre de tan sensata opinión, le dijo, que si tuvierais la amabilidad de acercaros a mi casa y de examinar mis asuntos, segura estoy de que me sacaríais del apuro en que me encuentro.» Memnón no vaciló en seguirla para examinar sabiamente sus asuntos y darle buen consejo.

La afligida dama lo condujo a un aposento perfumado y lo invitó a sentarse amablemente con ella en un gran sofá, donde cabían ambos con las piernas cruzadas, uno frente a otro. La dama habló con los ojos bajos, de los que de vez en cuando manaban algunas lágrimas, y que al alzarse hallaban siempre las miradas del cuerdo Memnón. Sus palabras estaban llenas de ternura, que aumentaba a cada nueva mirada. Memnón se tomaba sus asuntos realmente a pecho y crecía más y más en él el deseo de ser útil a tan honesta y desdichada persona. En el arrebató de la conversación, sin darse cuenta dejaron de estar uno frente al otro. Sus piernas no estuvieron ya cruzadas. Memnón le aconsejaba tan de cerca, le daba tan tiernas opiniones, que no podían ya hablar de negocios ni sabían ya dónde se hallaban.

Cuando estaban en eso llega el tío, como es fácil de imaginar. Estaba armado de pies a cabeza y lo primero que dijo fue que iba a matar, como era justo, al cuerdo Memnón y a su sobrina; lo último que dijo fue que podría perdonarlos por una fuerte suma. Memnón se vio obligado a entregar cuanto llevaba. En aquellos tiempos podía uno darse por satisfecho de salir tan bien parado; todavía no se había descubierto América y las damas afligidas no eran, con mucho, tan peligrosas como ahora.

Lleno de vergüenza y desesperación volvió Memnón a su casa: encontró una invitación para ir a comer con unos amigos íntimos. «Si me quedo solo en casa, se dijo, empezaré a darle vueltas en mi cabeza a mi triste aventura, no comeré nada y caeré enfermo. Será mejor ir a comer con mis amigos un frugal almuerzo. En su amable compañía olvidaré la torpeza que he cometido esta mañana.» Acude a la cita y lo encuentran algo tristón. Le hacen beber para que olvide su tristeza. Un poco de vino tomado con moderación es remedio para el alma y para el cuerpo. Así piensa el sabio Memnón y termina por embriagarse. Tras la comida proponen jugar. Una mano entre amigos es un pasatiempo honrado. Juega y le ganan cuanto lleva en la bolsa y cuatro veces más sobre su palabra. Se produce una riña en el juego, se acaloran los ánimos, uno de sus amigos le arroja un cubilete a la cara y le saca un ojo. Llevan a su casa al sabio Memnón ebrio, sin dinero y con un ojo menos.

Duerme la mona y cuando tiene la cabeza algo más despejada envía a su criado a por dinero a casa del tesorero general de Nínive para pagar a sus amigos. El criado regresa diciendo que su deudor había hecho por la mañana una bancarrota fraudulenta que había dejado en la miseria a cien familias.

Despechado, Memnón va a palacio con un parche en un ojo y un memorial bajo el brazo para pedir justicia al rey contra el quebrado. Encuentra en una sala a varias damas que llevaban con desparpajo unos tontillos de veinticuatro

pies de circunferencia. Una de ellas, que lo conocía algo, dijo mirándolo de soslayo: « ¡Huy, qué horror! » Otra, que lo conocía algo más, le dijo: « Buenas tardes, señor Memnón; de veras, señor Memnón, que me alegro de veros. A propósito, señor Memnón, ¿cómo habéis perdido un ojo? » Y pasó adelante sin esperar respuesta. Memnón fue a ocultarse en un rincón y esperó el momento de arrojarse a las plantas del soberano. Llegado el momento besó por tres veces el suelo y presentó su memorial. Su Graciosa Majestad lo recibió con suma afabilidad y pasó el memorial a uno de sus sátrapas para que le hiciera un informe. El sátrapa lleva a Memnón aparte y le dice en tono altivo y burlándose cruelmente de él: « Gracioso tuerto sois al dirigiros al rey y no a mí, y más gracioso al osar pedir justicia contra un honesto quebrado, a quien honro con mi protección y que es sobrino de una criada de mi querida. Olvidad este asunto amigo mío, si queréis conservar el ojo que os queda. »

Habiendo, pues, Memnón renunciado por la mañana a las mujeres, a los excesos de la mesa, al juego, a toda disputa y, sobre todo, a la corte, había sido engañado antes de llegada la noche por una hermosa dama, se había embriagado, había jugado, se había peleado, se había hecho sacar un ojo y había estado en la corte, donde se habían burlado de él.

Sin poder salir de su asombro y abrumado por el dolor regresa con la muerte en el alma. Cuando se dispone a entrar en su casa se encuentra a los alguaciles que se llevan sus muebles de parte de sus acreedores.

Queda casi sin sentido bajo un plátano y topa con la hermosa dama de la mañana, que se paseaba con su querido tío y que echó a reír al ver el parche que llevaba. Anocheció y Memnón se tendió sobre unas pajas junto a las paredes de su casa. Le entró fiebre y, dormido en sus vapores, se le apareció en sueños un espíritu celestial.

Brillaba como un ascua de luz. Tenía seis hermosas alas, aunque carecía de pies, cabeza y cola, y no se parecía a na-

da conocido.

«¿Quién eres?, le preguntó Memnón.

—Soy tu genio bueno, le respondió.

—Devuélveme, pues, mi ojo, mi salud, mi caudal y mi cordura», añadió Memnón. Le contó luego cómo había perdido todo aquello en un día. «Esos lances no nos ocurren en el mundo en que vivimos nosotros, dijo el espíritu. —¿Y en qué mundo vivís?, preguntó el afligido mortal. —Mi patria, repuso, se halla a quinientos millones de leguas del sol, en una estrellita cercana a Sirio, que se ve desde aquí. —¿Qué país tan hermoso!, dijo Memnón. ¿O sea que no tenéis en vuestra nación tunantas que engañan a pobres desgraciados, amigos íntimos que les ganan el dinero y les sacan un ojo, quebrados, sátrapas que se burlan de ellos negándoles justicia? —No, dijo el habitante de la estrella, no tenemos nada de eso. Las mujeres no nos engañan nunca porque no tenemos, no hacemos excesos en la mesa porque no comemos, no tenemos quebrados porque no usamos oro ni plata, no pueden sacarnos los ojos porque no tenemos cuerpos semejantes a los vuestros, y los sátrapas no nos atropellan porque en nuestra estrella todos somos iguales.» Dijo Memnón entonces: «Monseñor, sin mujeres y sin comer, ¿en qué pasáis el tiempo? —En cuidar de los otros globos que nos han sido confiados, dijo el genio, y por eso vengo a consolarte. —¡Ay!, ¿por qué no vendrías anoche para impedir que cometiera tantas locuras? —Estaba con tu hermano mayor Assan, dijo el ser celestial. Es más digno de lástima que tú. Su Graciosa Majestad el rey de las Indias en cuya corte tiene el honor de hallarse, le ha hecho sacar ambos ojos por una pequeña indiscreción, y se encuentra ahora en una mazmorra, con grilletes en pies y manos. —De poco nos ha servido tener un genio en la familia, dijo Memnón, si de dos hermanos uno está tuerto y el otro ciego, uno yace en unas pajas y el otro en un calabozo. —Tu suerte cambiará, añadió el animal de la estrella. Cierto es que no dejarás de ser tuerto, pero, aparte de eso, serás bastan-

te dichoso mientras no concibas el necio proyecto de ser perfectamente cuerdo. —¿Será imposible conseguirlo?, exclamó Memnón entre suspiros. —Tan imposible, replicó el otro, como ser perfectamente hábil, perfectamente fuerte, perfectamente poderoso, perfectamente dichoso. Incluso nosotros nos hallamos muy lejos de conseguirlo. Hay un globo en el que puede darse, pero en los cien mil millones de mundos esparcidos por el infinito todo avanza por grados. Se posee menos cordura y placer en el segundo que en el primero, menos en el tercero que en el segundo. Y así sucesivamente hasta el último, en el que todos están completamente locos. —Mucho me temo, dijo Memnón, que nuestro diminuto globo terráqueo sea precisamente la casa de locos del universo de que acabáis de hablar. —En absoluto, dijo el espíritu, pero no anda muy lejos: todo debe ocupar su lugar. —Entonces, replicó Memnón, algunos poetas y filósofos se equivocan de medio a medio al decir que *todo está bien*. —Están cargados de razón, dijo el filósofo de las alturas, si consideramos la disposición del universo entero.

—¡Ah!, replicó el pobre Memnón, no me creeré eso hasta que deje de ser tuerto.»

Los dos consolados

El gran filósofo Citófilo decíale cierto día a una mujer desconsolada y que tenía motivos para estarlo: «Señora, la reina de Inglaterra, hija del gran Enrique IV, fue tan desdichada como vos: la echaron de sus reinos, a punto estuvo de perecer en el océano por las tempestades, vio morir en el cadalso a su real esposo. —Lo siento por ella», dijo la dama, y echó de nuevo a llorar por su propio infortunio.

«Ea, le dijo Citófilo, acordaos de María Estuardo: amaba con gran decoro a un gallardo músico que tenía una hermosísima voz de barítono. Su marido mató al músico ante sus propios ojos, y luego su solícita amiga y buena parienta la reina Isabel, que se hacía pasar por virgen, hizo que le cortaran el cuello en un cadalso tapizado de negro, tras haberla tenido presa durante dieciocho años. —¡Qué crueldad!», respondió la dama, y volvió a sumirse en la melancolía.

«Tal vez habréis oído hablar, dijo el consolador, de la hermosa Juana de Nápoles, que fue hecha prisionera y ahorcada. —Lo recuerdo vagamente», dijo la afligida.

«Tengo que contaros, añadió el otro, la aventura de una soberana que fue destronada en mis tiempos, después de cenar, y que murió en una isla desierta. —Conozco toda esa historia», replicó la dama.

«Pues entonces os haré saber lo que le aconteció a otra gran princesa, a la que enseñé filosofía. Tenía un amante, como es de rigor entre las altas y hermosas princesas. Su padre entró un día en su aposento y sorprendió al amante, que tenía el rostro encendido y los ojos brillantes como car-

bunclos; la dama tenía asimismo la tez muy colorada. Desagradóle tanto al padre el rostro del mozo que le atizó el cachete más grande que nunca se diera en la comarca. El amante cogió unas tenazas y le abrió la cabeza a su suegro, que salvó la vida de milagro y lleva todavía las cicatrices de la herida. La enamorada, enloquecida, se arrojó por la ventana y se rompió un pie, de modo que en la actualidad cojea ostensiblemente, aunque sigue teniendo un admirable talle. El amante fue condenado a muerte por haberle roto la cabeza a un príncipe altísimo. Ya podéis figuraros en qué estado se hallaría la princesa cuando conducían a su enamorado al cadalso. La visité en muchas ocasiones mientras estuvo en prisión: sólo me hablaba de sus desgracias.

—¿Y entonces por qué no queréis que piense yo en las mías?, le preguntó la dama.

—Porque no hay que pensar en ellas, dijo el filósofo, y como tan altas señoras han sido desdichadas, no es correcto que vos os desesperéis. Pensad en Hécuba, pensad en Níobe. —¡Ay!, dijo la dama, si hubiera yo vivido en su tiempo, o en el de tantas hermosas princesas, y si para consolarlas les hubierais contado mis desdichas, ¿creéis que os habrían escuchado?»

Al día siguiente el filósofo perdió a su único hijo y a punto estuvo de morir de dolor. La dama mandó hacer una lista de todos los reyes que habían perdido a sus hijos y se la llevó al filósofo. Éste la leyó, la encontró muy completa, pero no dejó de llorar. Al cabo de tres meses volvieron a verse y quedaron maravillados por hallarse de muy buen humor. Hicieron erigir una hermosa estatua al Tiempo con esta inscripción: A QUIEN CONSUELA.

Historia de los viajes de Escarmentado escrita por él mismo

Nací en la ciudad de Candia en 1600. Mi padre era el gobernador y recuerdo que un poeta mediocre, aunque no mediocrementemente duro, llamado Iro, compuso pésimos versos en mi honor, en los que se me hacía descender de Minos en línea directa. Pero, al caer mi padre en desgracia, hizo otros en los que sólo descendía de Pasífae y de su amante. Ese Iro era un hombre muy mezquino y el más redomado bribón de la isla.

A la edad de quince años mi padre me mandó a estudiar a Roma. Llegué con la esperanza de aprender todas las verdades, pues hasta entonces me habían enseñado todo lo contrario, según costumbre en este mundo desde la China hasta los Alpes. Monseñor Profundo, a quien me habían encomendado, era hombre singular y uno de los sabios más terribles que en el mundo han sido. Quiso enseñarme las categorías de Aristóteles y a punto estuvo de hacerme entrar en la categoría de sus protegidos: de buena me libré. Vi procesiones, exorcismos y algunos hurtos. Decían, aunque sin fundamento, que la señora Olimpia, persona de gran prudencia, vendía muchas cosas que no deben venderse. Me encontraba yo en una edad en que todo eso me parecía muy divertido.

A una damita de costumbres muy alegres, llamada señora Fatelo, se le antojó enamorarse de mí. La cortejaban el reverendo padre Poignardini y el reverendo padre Aconiti, jóvenes profesos de una orden ya extinguida. Al concederme

sus favores hizo que se pusieran de acuerdo, pero al mismo tiempo corrí el riesgo de ser excomulgado y envenenado. Me fui de allí muy contento de la arquitectura de San Pedro.

Viajé por Francia en tiempos de Luis el Justo. Lo primero que me preguntaron fue si quería desayunarme con un pedacito del mariscal de Ancre, cuya carne había asado el pueblo y daban a buen precio a quien la quisiera.

Aquella nación estaba continuamente enzarzada en guerras civiles, ya fuera por un sillón en el consejo o por dos páginas de controversia. Más de sesenta años hacía que aquel fuego, unas veces soterrado y otras avivado con violencia, asolaba aquellos hermosos parajes. Eran las libertades de la Iglesia galicana. «Es una lástima, me decía, pues este pueblo ha nacido apacible: ¿Quién habrá podido hacer que perdiera su carácter? Hace bromas y noches de San Bartolomé. ¡Dichoso el tiempo en que sólo haga bromas!»

Pasé luego a Inglaterra: las mismas disputas promovían los mismos disturbios. Unos santos católicos habían resuelto, por el bien de la Iglesia, hacer saltar por los aires, mediante pólvora, al rey, a la real familia y a todo el parlamento, librando así a Inglaterra de aquellos herejes. Me enseñaron el lugar en que la bienaventurada reina María, hija de Enrique VIII, había hecho quemar a más de quinientos súbditos. Un cura hibernés me aseguró que se trataba de una acción muy meritoria: primero porque los que habían quemado eran ingleses, y segundo porque no usaban agua bendita ni creían en el agujero de San Patricio. Lo que más le extrañaba es que la reina María no estuviera aún canonizada, pero confiaba en que pronto lo estaría, en cuanto el cardenal-sobrino tuviera tiempo de ocuparse del asunto.

Fui a Holanda, donde esperaba hallar más tranquilidad entre un pueblo más flemático. Al llegar a La Haya le estaban cortando la cabeza a un venerable anciano. Se trataba de la calva cabeza del primer ministro Barneveldt, el hombre de más mérito de la república. Sentí lástima y pregunté qué